

## CAPITULO XI.

### Comunion.

I. Soy indigno de ella.—II. Comulgando con demasiada frecuencia se disminuye el respeto.—III. Los que comulgan muchas veces son los más insoportables.

No es difícil comprender que no se acerquen al altar los que se abstienen de las prácticas religiosas; pero que busquen luego razones para justificarse á sí mismos, y aún para desviar á otros de la sagrada Mesa, ¿quién podría creerlo si no lo viese con sus ojos? ¿Qué mal les hace que se acerquen los demás? ¿No sería mejor que se callasen por su propia cuenta, y puesto que su conducta no es digna de la Mesa sagrada, dejar, á lo ménos, que otros la gocen tranquilamente? Sin embargo, hablan, ya porque el bien ajeno quema sus ojos de envidia, ya porque el ejemplo de otros les acusa de continuo: no pueden sufrir que reciban otros á Jesucristo: para disuadir también á los demás, sacan pretextos hasta de las virtudes, ora enseñando que somos indignos de tan gran Sacramento, ora que frecuentarlo demasiadamente quita la reverencia con la familiaridad que introduce, ora empleando hasta las burlas y las befas contra los que comulgan frecuentemente. Por lo cual, en cuanto á ellos, aquel divino banquete quedaria desierto. Como el mal sería sobre toda ponderacion excesivo, es imposible omitir los engaños que se ocultan bajo aquellas virtudes simuladas.

I. Ante todo, *somos indignos de tan gran Sacramento*, dicen, y contesto que lo somos mucho más de lo que se figuran: no sólo lo digo, sino que lo haré tocar con la mano. ¿Qué hay en aquel Sacramento divino? Hay el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo; hay allí

aquellos ojos divinos que á todo el cielo enamoran, aquellas manos benditas y aquellos piés que por nosotros fueron clavados en una cruz; aquel costado y aquel corazón que forman la delicia de todos los bienaventurados; aquella sangre divina, una sola gota de la cual bastaría para redimir mil mundos; aquel cuerpo, más brillante que mil soles, que alegrá toda la ciudad de Dios. Con aquel cuerpo sacrosanto existe su grande alma, que es la obra más excelente que nunca salió de las manos del Creador, los afectos más puros y las virtudes más perfectas que hayan jamás glorificado al Señor, y, finalmente, la plenitud de la Divinidad con todos sus atributos y con la infinidad de sus perfecciones. Hé aquí lo que se halla en aquel Sacramento de amor. Ahora bien. Que á una tal Majestad acercarse deba un hombre vil por su naturaleza baja, y despreciable por las culpas gravísimas con que tantas veces se ha contaminado, y por las disposiciones en que se encuentra, aún cuando haya hecho lo posible para disponerse, es sin duda un gran hecho que debe causar estupor á todos, incluso los más excelsos serafines, que serian indignísimos de tan gran Sacramento poco ménos que nosotros. Es, por tanto, verdad que somos indignos, y mucho más indignos de lo que nunca llegaremos á comprender.

Pero... ¿qué! ¿Se habrá de inferir de lo dicho que hayamos de permanecer distantes de él? Sería la más loca ilación que podría deducirse; porque, ¿acaso Jesucristo, que fundó este Sacramento, ignoraba cuál y cuánta sería nuestra indignidad? ¿No lo quiso establecer, sin embargo, para nosotros? ¿No añadió hasta las órdenes más absolutas para que lo recibiéramos? No saben ciertamente muchos cristianos cuál ha sido en esto la expresa voluntad de Jesucristo. No se contentó con invitar amorosamente á todos los fieles á que lo recibieran, prometiéndoles la restauración de toda fatiga y el alivio de todo peso, sino que, pasando más adelante, les atrajo con la promesa del mayor bien á que pueden aspirar los hombres, á saber, la eterna bienaventuranza. *Quien come mi carne y bebe mi sangre,*

*tiene la vida eterna.* Como esto no era bastante para los más rehacios, tanto quiso que nadie se retrajese, que llegó al punto de amenazar gravísimamente á los contumaces, diciéndoles: *Si no comeis mi carne, y si no bebeis mi sangre, no tendreis la vida en vosotros.* ¿Qué humildad es, por tanto, esa que contrasta los divinos propósitos, que no respeta las órdenes, que rechaza las invitaciones, que no se cuida de las promesas, y que desafía, en fin, las amenazas de Jesucristo? ¡Rara humildad verdaderamente, que se funda en la desobediencia y en la rebelion contra la voluntad de Dios que manda!

*Sin embargo, la Iglesia, replican, se satisface con que nos acerquemos una vez al año.* ¿Por qué, pues, podria pronto contestaros, por qué no vais á lo ménos todos los años? Ya que reconocéis tan claramente la obligacion, cumplida. Pero es falso que la Iglesia se contente. De conformarse con un partido á satisfacerse, va gran distancia. Ansía la Iglesia que los fieles vayan frecuentemente; mas como no puede conseguirlo de todos, quiere que á lo ménos vayan una vez al año, so pena de incurrir en su enojo y en sus excomuniones. Hace la Iglesia lo que una madre amorosa con su hijo enfermo y desganado absolutamente: toma, le dice, á lo ménos este poco por amor mio, y porque realmente no te mueras de hambre: mas ¿quién no advierte que la madre ansía que su hijo esté sano como los demás, y pueda, no sólo vivir, sino tomar mucho alimento, para adquirir fuerzas y robustez?

Los sentimientos de la Iglesia se conocen por las constituciones que ha promulgado, por los cánones que ha hecho, por los Concilios que ha reunido, por las doctrinas de sus Padres y Doctores, por las vidas, en fin, de los Santos, que son los hijos amorosos que más han participado de su espíritu. Pues bien. Por medio de todas estas voces grita que recibamos con frecuencia el Pan de los ángeles. Los Padres y los Doctores exhortan con fórmulas eficacísimas; los Santos, además del ejemplo que dejaron en sus vidas, promovieron, por todos los medios posibles, en sus predicaciones la frecuencia

á la Eucaristía; nuestros primeros padres en la fé se acercaban casi diariamente, y la Iglesia reunida en Trento protestó que deseaba vivamente ver restablecida la costumbre de aquellos años dichosísimos en los cuales los fieles se alimentaban todos los dias con aquel Pan divino. Hé aquí cuáles son los fervidos votos de la Iglesia. El comulgar, por consiguiente, una vez al año no es la medida que nos prescribe, sino el término que nos tolera, despues del cual vibra sus censuras.

La única consecuencia que se puede inferir del sentimiento de nuestra indignidad es que no debemos acercarnos sin preparacion; mas por desgracia es la única consecuencia que no deducen los que tanto ponderan su propia falta de mérito. Porque son ordinariamente aquellos que, despues de un año trascurrido en las culpas, y en culpas hasta gravísimas, se presentan á un ministro de Dios más por formalidad que por deseo sincero de poner fin á sus pecados. Hecha, Dios sabe cómo, la confesion, pretenden que los admita el sacerdote sin más á la Mesa divina, calientes aún, por decirlo así, de las blasfemias, de las liviandades y de los escándalos con que se han contaminado. ¡Infeliz de aquel sacerdote que para disponerlos mejor difiere un poco el perdon! Bufan, amenazan, dicen bravatas, y protestan que nunca más se acercarán al sacramento de la Penitencia, como si ellos hiciesen á Dios un favor confesándose, y no alcanzaran, por el contrario, una misericordia extraordinaria. Hé aquí por qué van frecuentemente á la Mesa divina sin dolor sincero de sus pecados, sin propósito de la enmienda, y sin alejarse de los peligros, sólo para cumplir materialmente aquella obligacion. ¡Y quiera Dios que no añadan á todos los excesos de su vida un sacrilegio!

Mientras que ¿quienes se acercan ménos indignamente á la Eucaristía sino los que van con frecuencia? Como hace poco tiempo que la recibieron, ó conservan aún vivo el tesoro de la gracia santificante que entónces lograron, ó de seguro, si desventuradamente lo han perdido, no se han preci-

pitado en males tan profundos como los que viven alejados de los Sacramentos, recobran más fácilmente la gracia en el de la Penitencia, que es la disposición estrictamente indispensable para la Eucaristía, y tropiezan con ménos dificultades para despertar en sí afectos de humildad, de reverencia, de contrición y de amor, que constituyen la disposición más próxima para obtener mayores beneficios. Por donde resulta verdadero en la práctica lo contrario de lo que dicen: «No me acerco á la Comunión con frecuencia, exclaman, porque soy indigno;» y se acercan indignamente porque no lo hacen con bastante frecuencia.

¿Son, por lo demás, precisas tantas razones para que los católicos se acerquen á Jesus sacramentado? Si no se les hubiese dado orden alguna, sino que se les hubiera hecho sólo una indicación, ó mostrado un deseo, los que conservan en su alma el don preciosísimo de la fé no podrían estar distantes. Si no fuesen sólo melindres, visajes, ficciones é hipocresías, las delicadezas, la sensibilidad y el corazón hermoso que finge el siglo actual, ¿quién debería promover incendios más vastos de amor y trasportes de afecto más fervido que Jesucristo en el Sacramento? ¿Cómo! ¿No hay en él un Dios aniquilado por nuestro amor, y escondido, no ya bajo la forma de un hombre, sino bajo el velo de una criatura insensible? ¿No es perenne prisionero de amor, encerrado día y noche por nosotros en los sagrados copones? ¿No es acaso verdad que á este fin emplea los milagros más estrepitosos de su omnipotencia, las invenciones más profundas de su sabiduría infinita, y las ternuras más inefables de su bondad ilimitada? ¿Qué sacrificios, además, no le cuesta tal estado! ¿No es cierto que ha debido, para detenerse con nosotros, dar á hombres vilísimos la facultad de llamarlo del cielo á la tierra, tenerlo en sus manos indignas, custodiarlo según su discreción, y exponerlo además al descuido de los tibios, á la irreverencia de los poco devotos, á las profanaciones, á los sacrilegios y á los insultos de los enemigos? ¿Acaso todo esto era para beneficio

suyo, ó para su bien, ó sólo por el purísimo amor que nos profesa y por el interés de nuestras almas? Más. ¿Se contentó con estar solamente con nosotros, lo que hubiera sido ya un favor inmenso? Quiso, por el contrario, consumir con nosotros una unión tan íntima, tan noble, tan delicada, tan inefable, que maravillada tiene á toda la Iglesia, santamente envidiosos á todos los ángeles, y extático á todo el cielo. Y profundidad, abismos y portentos semejantes de amor, ¿nos hallan indiferentes, descuidados, tercos, desobedientes, incapaces de corresponder de algun modo? ¡Ah! lectores: no creais más en estos desventurados, que se jactan de tener pensamientos elevados, ideas sublimes, corazón bien hecho y espíritu generoso, si jamás han alcanzado la divina sublimidad de tales misterios, ni han tenido nunca una fibra que se conmoviese por un Dios tan bueno. Las almas grandes, las almas sensibles, las almas generosas, son las Teresas de Jesus, las Catalinas de Sena, los Estanislao de Kostka, los Pascual Bailon, y tantos otros que se deshacían delante de Jesus sacramentado como la cera delante del sol: las otras son sensibilidades y generosidades de teatro y de novela. Miseros son por de más, porque, no curándose de Jesus, tienen en la misma culpa el castigo, que es la privación de El ahora, y, si á tiempo no se corrigen, también en la vida futura.

II. La otra objeción que aducen es que *por acercarse con demasiada frecuencia, disminuye la reverencia con la familiaridad que introduce*. Cuando el demonio no puede realizar un designio suyo con la violencia, suele, por punto general, recurrir á cualquier insidiosa estratagema. Así lo hace en el caso actual. Si no puede alejar de la Eucaristía á los fieles por la indevoción, y bajo pretexto de humildad, procura conseguirlo bajo el aspecto de mayor reverencia. Observad, empero, de gracia, el sofisma grosero que aquí emplea. La familiaridad excesiva entre los hombres engendra, ciertamente, á largo andar, menor reverencia y respeto; mas sucede porque el trato íntimo de una

BIBLIOTECA CENTRAL  
U. A. N. L.

persona cualquiera descubre poco á poco sus debilidades é imperfecciones: como no hay entre los hombres ni uno que no las tenga, es forzoso que al cabo de algun tiempo disminuya la estimacion ó la reverencia interior hácia él. Mas esto, como es claro, no tiene ni puede tener lugar con Jesucristo, cuyas perfecciones son por todos aspectos infinitas. Léjos de que suceda, debe suceder todo lo contrario. Cuanto más íntimamente trátase á Jesus y más se conoce, más se le reverencia y se le ama. Aun en la tierra el trato íntimo con personas de santidad extraordinaria, en vez de disminuir el buen concepto, lo aumenta, porque se descubren de continuo en ellas ulteriores méritos: considerad lo que será tratar con el Rey de los reyes y con el Dios de todas las virtudes.

Aun por parte de las almas mismas aumenta el respeto; porque ¿cuál es el respeto esencial para recibir á Jesucristo? Es precisamente la mayor pureza del corazon, la mayor fé, la mayor caridad, la mayor devocion actual, como el mayor respeto al recibir á un príncipe en un palacio es procurar que lo halle muy ricamente guarnecido y muy espléndidamente adornado. ¿Y quién puede llevar á la Eucaristía este aumento de amor, humildad y devocion sino el que tiene mucha costumbre de recibir la comunión, y de recibirla con fervor y vehemencia? Los que van tan poco, será milagro que sepan entretenerse con él algunos instantes, y que le sepan decir algunas palabras; pero los que van con frecuencia saben mucho mejor cómo deben recibirlo y adorarlo. Un plebeyo que no va jamás á la corte, si alguna vez se dirige á ella, ignora las etiquetas que se deben usar con el príncipe, y queda embarazado ó inepto; pero bien saben cómo tratarle los cortesanos que diariamente le rodean. Realmente vemos que los hombres santos que lo reciben frecuentemente son los que lo tratan con mayor reverencia, los que más tiempo se entretienen con El, los que más lo aman y lo hacen amar también por otros, segun lo prueban sus vidas. Es, por consiguiente, muy falso que la frecuencia de la Eucaris-

tía disminuya el respeto: por el contrario, recibida convenientemente, sirve muchísimo para aumentarlo.

III. Finalmente, si no bastan todas estas razones para desviar á los fieles de la Mesa eucarística, queda en pié siempre el gran argumento de las burlas y de las befas. ¡Ay! se dice: *cuando ciertas personas vuelven á su casa despues de rezar mucho, no se puede con ellas: ¡son tan malas y tan extrambóticas!* A esta dificultad he contestado extensamente en otro capítulo. Aquí diré sólo que puede hallarse muy bien uno que no use convenientemente de las cosas santas; mas quien desaprueba y condena á los que no comulgan frecuentemente, no dice que otros se acerquen sin la disposicion debida. Habla la cosa por sí. Si pues hay alguno que recibe por pura pompa y fausto el Sacramento, no seré yo quien haga su apología. Además, nadie niega que á la frecuencia de los Sacramentos debe corresponder la bondad de la vida. Si alguno no saca el menor provecho de los mismos y une á la comunión frecuente defectos graves y constantes, de los que no se preocupa, todos los maestros espirituales aconsejan á los directores de tales almas que se la prohiban, y que la difieran hasta que, extirpados, lleven al alimento de vida un estómago mejor dispuesto.

Con todo, aún en tal caso, rogaré yo al lector que suspenda su juicio en causa tan delicada, y que se remita también á la conciencia de otros, y al confesor que aquellas almas guía. Los misterios del corazon humano son impenetrables, y Dios, único que toca su fondo, se ha reservado para sí juzgarlos. Mucho más necesario es á los padres y á los proyectos esta prudencia con los hijos, con las hijas, con la juventud. «Sea cualquiera el defecto en que caigan, dice San Alfonso de Ligorio, no reprochen nunca la comunión frecuente, porque como comprenden muy bien que, presupuesta su debilidad, aún caerán otras veces en sus faltas, desanimaránse por completo, sin atreverse á comulgar más. Nadie deja de ver el gran daño que pueden produ-

cir á las almas. Por lo demás, si es verdad que algunos no se aprovechan, es certísimo que la mayor parte se aprovechan grandemente. ¿Quiénes son, por punto general, los que más se dan á las obras pías? ¿Quiénes viven más léjos del pecado, y muestran mayor celo del bien de los demás? ¿Quiénes son muy ajenos á todos aquellos vicios que tanto deslucen el Cristianismo? Quien no quiera desconocer lo que sus ojos bastan á demostrar, concederá que son los que con más frecuencia reciben los Sacramentos. Es, certísimo sin duda, lo que notan los Santos, ó sea que, si alguno, no obstante la frecuencia de la Eucaristía, no cesa de ser malo, ninguno es sério y constantemente bueno si no está sostenido y corroborado por la divina Eucaristía.

Por último, ántes de cerrar este capítulo, no puedo dejar de referir una cosa que está en el fondo de mi corazón, relativamente al alejamiento que notamos en muchos de la divina Eucaristía. No se alejan algunos por humildad, porque la verdadera humildad haría que se preparasen del mejor modo posible, y obedeciesen despues las órdenes terminantes de Jesucristo: no es reverencia, porque la reverencia más profunda de todas es la de no desdeñar lo que Jesucristo nos ofrece y á que la Iglesia nos invita; no es ninguna de aquellas razones que se aducen á lo exterior: la verdadera causa es una aversion secreta que se tiene al divino alimento. La frecuencia de la Eucaristía requiere que el alma se purifique primero de todos los pecados, y que se conciban serias resoluciones de no cometerlos en lo sucesivo: como se aman las propias liviandades y se conservan queridas en el fondo del corazón, se prescinde y se desprecia el Sacramento de amor. La frecuencia de la Eucaristía es incompatible, á largo andar, con los pecados graves: como no se quieren romper los lazos de las costumbres criminales y de las ocasiones depravadas, se deja el divino Sacramento. Aquella comida celestial exige en quien la toma una vida más retirada, pia y ferrososa: como solamente se aman las diversiones, los pasatiempos y las cosas del mundo, recházase aquel

alimento que á cambiar obligaria de costumbres. Aquella comida celestial requiere en quien hála de recibir las disposiciones actuales de fé, de reverencia, de espíritu de oracion, y de amor: la desgana en que se vive de todo ejercicio devoto prohíbe hacer los actos que son la disposicion precisa para ellos. No se puede con frecuencia recibir á Jesucristo sin que el mundo lo note: como se teme su más mínima palabra injuriosa, se huye de darla un pretexto, aunque sea inocente. El noble, el grande, el rico, cuando es altanero y orgulloso, dáse á creer que es para los del pueblo, ó los disolutos: el jurisconsulto, el magistrado y el estadista, cuando son volterianos é irreligiosos, lo relegan á las mujercillas y á los supersticiosos: el hombre de negocios, el comerciante y el artesano, cuando están dañados y son viciosos, dicen que les falta tiempo: la mujer y la doncella, cuando son indevotas y mundanas, temen adquirir fama de gazmoñas. Aunque nadie osa confesar que aborrece la comunión, las razones de no frecuentarla son sin duda las referidas.

Os parecerá más evidente aún si considerais las inícuas prohibiciones de éstos á sus criados á veces, de ir á la iglesia por la mañana, la malignidad con que investigan todos los defectos de los devotos para sacarlos á relucir, y el hastío que les produce cuanto se refiere al divino Sacramento. Es inútil, por tanto, que disimulen, porque su corazón les vende y descubre. Nadie, pues, se deje alucinar por los sofismas que salen de sus lábios. Los que afortunadamente acuden con frecuencia al banquete eucarístico, no se dejen conmovér: el que no tiene costumbre, tómela, porque, finalmente, no gozaremos en la bienaventuranza de Dios sin velo, si ántes no hemos recibido á Dios escondido.

BIBLIOTECA CENTRAL  
U. A. N. L.